

ARTÍCULO

Dos lecturas de Thomas Mann

Luis Francisco Martínez Montes
luis.martinez@maec.es

MARZO 2017

Nº 7

Análisis

Las opiniones contenidas en los siguientes artículos sólo comprometen a sus autores y no constituyen posiciones oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación

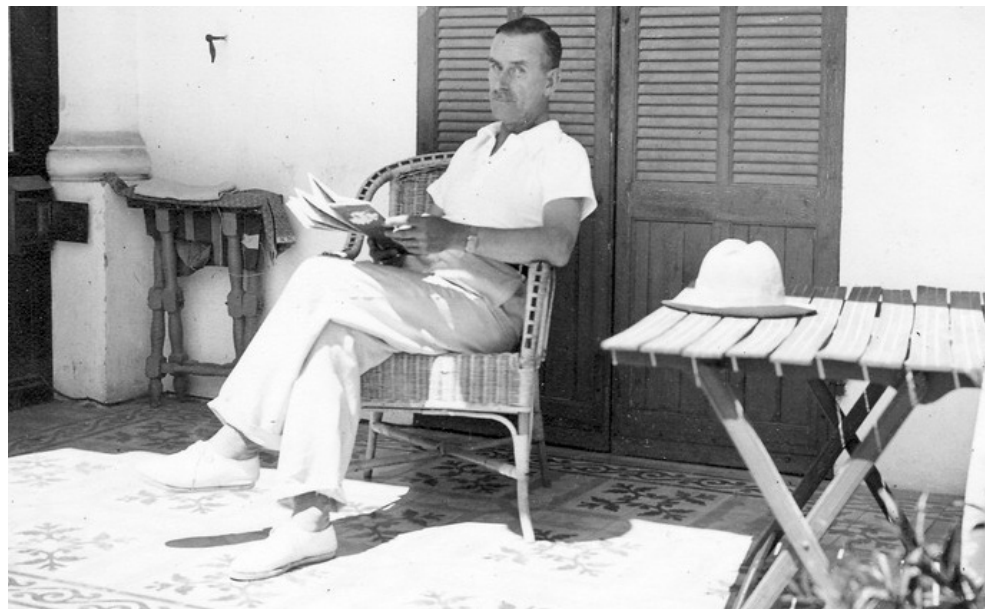


GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN

Aproveché el apogeo de la pasada canícula madrileña para releer las *Consideraciones de un apolítico* de Thomas Mann precedida, en la edición de Capitán Swing, por una enjundiosa introducción de Fernando Bayón¹. Thomas Mann es, para mí, un escritor de estío. Salvo alguna excepción, siempre he procurado adentrarme en sus obras en esa estación del año, quizá para contrarrestar con su luminosidad vertical las sinuosidades de una obra y del espíritu que la alumbraba muy dados a penetrar en lo más umbrío de la condición humana. Como Goethe en su lecho de muerte, uno se siente tentado a gritar "imás luzi" al acercarse intelectualmente a ciertos hijos del Norte. En las páginas del preámbulo a las *Consideraciones*, el propio Mann confiesa el turbulento estado de ánimo con el que acometió este ensayo, y que no es otro que el de una doble inflexión: personal, al llegar a la edad crítica de los cuarenta años, y colectiva, al coincidir el inicio y cierre de las *Consideraciones* con los años de la I Guerra Mundial. No estamos, por ello, ante una lectura fácil. Puede perdonarse al lector desprevenido que la concluya con una sensación de desasosiego. Pues la obra ahora glosada dista de ser políticamente correcta en sentido alguno y dice mucho de la honestidad y de la escrupulosidad de su autor el que no renunciara o intentara disociarse de ella más tarde, cuando era demasiado sencillo recordarle que en un momento crucial para Alemania y para Europa había optado por las fuerzas de la irracionalidad frente a las luces de la razón. Para el lector familiarizado con el *Doktor Faustus*, una novela muy posterior, escrita a partir de 1943

¹ Mann, Thomas, *Consideraciones de un apolítico*. Ed. Capitán Swing, Madrid, 2011.



Thomas Mann en 1933

y publicada en 1947, diremos que en las *Consideraciones*, Thomas Mann tomaría partido por el músico Adrian Leverkühn, personificación y trasunto de la búsqueda alemana del absoluto aún a costa de la destrucción de su propio ser y de todo cuanto le rodea, antes que por su amigo y narrador, el ponderado Serenus Zeitblom, cuya pulsión hacia un mesurado orden clásico es la de Goethe en su viaje a Italia, deseo de dejar atrás las simas del alma patéticamente romántica de Werther. Y es que Mann no sólo decidió optar en plena crisis bélica por el supuesto *pathos* de la cultura germana frente al no menos idealizado *ethos* de las naciones aliadas que denomina, con indisimulado tono despectivo, civilizadas, sino que se deleitó empeñándose en deslindar el entero devenir histórico germano de la matriz occidental en la

que se supone estaba inserto desde su traumática e inacabada romanización y, muy posteriormente, merced a la influencia de una Francia sucesivamente ilustrada, revolucionaria e imperialista. Una atracción fatal frente a la que una y otra vez habría de alzarse, según Mann, el genio auténticamente alemán, ese "imperio de la protesta" al que en más de una ocasión aludió Dostoiévski en sus escritos. La apuesta de Thomas Mann por el *Sonderweg*, el imaginado camino particular reservado a Alemania, le llevó a afirmar que la forma de gobierno adecuada a sus compatriotas era el estado autoritario, ya que sólo bajo esa férrea coraza podrían enfrentarse con éxito a los intentos de cooptarles para la causa del reformismo progresista y del internacionalismo propia de las democracias liberales que conformaban la En-

tente. En realidad, las *Consideraciones* pueden leerse como un panfleto, en su mejor sentido de literatura combativa, y como una vindicación de una patria ferozmente consciente de su excepcionalidad, tornada contra la Europa heredera del siglo de las Luces, idealista, reformista, progresista, humanista - epítetos con una connotación negativa para el Mann de la época- y empeñada en negar a Alemania en todo cuanto de más veraz anidaba en su interior: su vocación de poder, su rebeldía contra los herederos de Roma, es decir, contra Occidente, y su grandeza universal. En cierto que este Mann fáustico, tan alejado de aquel otro más tardío y admirado que dedicó al Führer las mordaces páginas de su *Hermano Hitler* (1939) e incluso derivó hacia posiciones próximas al socialismo, resulta incómodo para la sensibilidad predominante en nuestro tiempo. Pero cierto es también que sus palabras tienen el valor de lo auténticamente sentido, pensado y agónicamente vivido. Por ello, me atrevo a decir, son merecedoras de atención en tiempos como los nuestros, que si bien no son tan oscuros como aquellos en los que escribía nuestro autor, también contienen en su seno fuerzas telúricas que amenazan con desgarrar nuestro ámbito de civilización y que se manifiestan hacia el exterior de forma cada vez más dramática: desde el malestar que en Europa y Estados Unidos expresan movimientos y personajes políticos extremos de uno u otro signo, hasta el odio o resentimiento contra Occidente que agita las hordas yihadistas o late en los centros de decisión de más de un estado entre las filas de los llamados emergentes o ya emergidos. Y es precisamente el concepto de Occidente, su pertinencia y efectividad real y el encaje o no en el mismo de su querida Alemania, el eje sobre

el que giran en buena medida las reflexiones de Thomas Mann y sobre el que han de tornarse las nuestras. Pues tras un largo período de plácida singladura, Occidente y en particular Europa vuelven a navegar sobre aguas agitadas y buena parte de sus pasajeros y tripulación dudan sobre el rumbo que ha de seguir la nave o incluso sobre si acaso no sería más lúcido abandonarla para abordar otra u otras cuyo timón sea empuñado por manos más firmes y seguras aún a costa de perder cualquier capacidad de decisión o influencia sobre el destino último del viaje. Este dilema es el que también se presentó bajo una forma si cabe más conminatoria al propio Mann al escribir su ensayo. Para él, la primera Guerra Mundial fue sobre todo una confrontación existencial entre una Europa dominada por Francia y Gran Bretaña, más los Estados Unidos entendidos como una mera prolongación de ésta al otro lado del Atlántico, frente a una Alemania presentada por el atormentado Mann como radicalmente ajena a Occidente. Ajena al mismo, pero al tiempo presa de sus contradicciones y convertida en su campo de batalla espiritual. El resultado de esa devastadora conflagración es conocido. La díscola Alemania fue vencida, pero el forzado intento por retornarla al redil y hacer que su forma de organización política y social se adecuara al ideal de la civilización occidental, esto es, que imitara a las potencias de la Entente, llevó al fugaz experimento de la república de Weimar y, a la postre, a la eclosión de demonios todavía más terribles. Pero, ¿fue realmente así?. ¿Fueron, acaso, la derrota y el resentimiento la causa primera y última del ascenso del nazismo? Sabido es que cuando al historiador británico A.J.P. Taylor le encargó el Alto Estado Mayor aliado un libro sobre la historia



Concesión del doctorado honoris causa a Mann en Weimar, el 15 de mayo de 1955). © Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst - Zentralbild

de Alemania que legitimara su transformación en la República Federal, la única instrucción que recibió fue que el libro debería demostrar que Hitler había sido una anomalía pasajera en el normal devenir del país, y que una vez aniquilado su efímero Reich los alemanes retomarían la senda de los pueblos civilizados, siendo naturalmente bienvenidos por ellos. Taylor, tan insobornable como inclinado a los juicios tajantes, comenzó su ensayo - *The Course of German History* (1945)- con la siguiente admonición: "la historia de los alemanes es una historia de extremos. Contiene todo menos moderación y en el curso de mil años los alemanes han experimentado de todo menos normalidad"². Hitler, después de todo, no habría sido una monstruosidad, sino un producto natural del Sonderweg. El problema alemán, vendría a concluir Taylor, no puede ser resuelto, sino que, parafraseando a Ortega, sólo puede ser sobrellevado. Como vemos, no sólo España ha sufrido los envites de una cierta Leyenda Negra anclada en el mito de los caracteres nacionales, tan lúcidamente delatado por Caro Baroja.

Pese a las obvias diferencias entre ambos autores, la interpretación que realizó A.J.P. Taylor de la historia alemana bebe en las mismas fuentes que el Thomas Mann de las *Consideraciones* y alcanza la misma conclusión inquietante. Para ambos, el genio alemán sería irrecuperable para la causa de las naciones que aspiran, colectivamente, al ideal del caballero confuciano, aquel que sabe acompasar los impulsos de su naturaleza con las riendas moderadoras de la moral y de la cultura. No ha de extrañarnos que al posar su mirada en derredor

de esa Alemania excesiva, Mann concluyera que su aliada natural, su alma gemela, no podía ser otra que la Rusia excéntrica a Occidente, anti-romana, es decir, Ortodoxa y anti-católica, e igualmente contestataria hasta el extremo de la Revolución, que ya no sólo de la Reforma. Escribiendo en el contexto bélico, pero pretendiendo orientar el orden del porvenir, nuestro autor estimaba que "quienes tienen que ir juntos son Rusia y Alemania; su entendimiento en este momento, su alianza para el futuro es, desde el comienzo de la guerra, el deseo y el sueño de mi corazón, y es más que algo deseable: ese entendimiento y esa alianza será una necesidad política universal y espiritual en caso de que la alianza de los anglosajones se revelase- cosa probable- como duradera"³. Encontramos aquí el deseo y la necesidad confundidos en una misma frase y equiparados al destino no ya de un individuo, sino de naciones enteras. Si algo llama la atención en las reflexiones que muchos intelectuales de la primera mitad del siglo XX hacían sobre el curso de la historia es, precisamente, esa confusión de la que nace un sentido de fatalidad. El *pathos* que movía por entonces la pluma de Thomas Mann es el mismo que inspiró a los decisores que condujeron a sus pueblos al despeñadero. La subordinación del individuo a las fuerzas pretendidamente inexorables de la historia, de la economía o de la geopolítica; la inserción de la persona en el espíritu de los tiempos; su consideración como mero instrumento al servicio de la voluntad de un líder o de una clase, igualmente sometidos a leyes que les compelen y les sobrepasan, tales fueron los temas dominantes en un siglo, el pasado siglo

² Taylor, A.J.P, *The Course of German History*. Ed. Routledge, London, 2001. Pag.1.

³ Mann, Thomas, *op. cit.*. pag. 402.

XX, en el que paradójicamente la ciencia se reconciliaba con los principios de relatividad e indeterminación y en el arte quedaban reflejadas las asociaciones más libres del subconsciente.

Ha transcurrido prácticamente un siglo desde que las *Consideraciones* vieron la luz. Hasta hace poco parecía impensable que en Europa nos pudiéramos encontrar de nuevo inmersos en una situación como la que alumbró aquellas páginas. Todavía no hemos retornado a ese punto, es cierto, y hay motivos para considerar que no será así. Pero también lo es que a comienzos de 2017, los debates que a muchos pre-ocupan vuelven a tener que ver con la posición de Alemania en una Europa desorientada; con los designios que alberga una Rusia que pareciera empeñada en recuperar el cetro de Tercera Roma y que, como ya advirtiera Alexander Herzen, aparece asiática desde Europa y europea desde Asia, por la sencilla razón de que no es enteramente ni una cosa, ni la otra; o, en fin, cuando nos las tenemos que ver con la deriva del mundo anglo-americano: con británicos que pretenden dejar de ser europeos, a fuer de no poder dejar de serlo, y con estadounidenses que dudan si continuar siendo una luz excepcional en la colina o una más entre otras en un firmamento de estrellas fugaces. Parecería que nos adentramos a ciegas en un período que Oswald Spengler hubiera considerado "henchido de fatalidad", como aquellos años decisivos previos a la segunda caída de Europa en el abismo a los que dedicó un profético ensayo⁴. "Fatalidad": volvemos a escuchar esta sonora palabra, ahora no asociada a ideologías totalitarias o a interpretaciones científicas de la

historia, sino cuando se nos dice que estamos abocados a la incertidumbre, a la duda, al caos moral y físico que parece acecharnos donde antes existían, cuanto menos, unos referentes mínimos de certeza moral y de seguridad vital tan duramente conquistados por la humanidad y a los que no deberíamos renunciar.

Ahora bien, la pregunta que debemos hacernos es si dicha fatalidad existió realmente y si todavía nos persigue. Y es aquí donde otro Thomas Mann puede, esta vez sí, iluminarnos. He retornado a su lectura, en contra de mi costumbre, en pleno invierno. Y esta vez, en lugar de sumirme en sus sombrías premoniciones, me ha confortado con una luz cálida y más conciliadora. Inicié las festividades navideñas con la lectura de un artículo breve del genio de Lübeck titulado "Cultura y política", incluido en una colección de ensayos del autor que bajo el título de *Textos Críticos* ha publicado el pasado año la editorial Navona⁵. El tiempo que media entre las *Consideraciones* y este otro escrito tan sólo en apariencia menor, de 1918 a 1939, es el que transcurre entre la culminación de la I Guerra Mundial y el inicio de la Segunda. Ambos ensayos, asimismo, representan el abismo entre dos formas estéticas y dos actitudes morales diametralmente opuestas de enfrentarse al problema del mal y de encarar el destino de Alemania en Europa, y el de la propia Europa, que ahora, como entonces, nos vuelven a interrogar. Con ambos, en suma, se completa un ciclo vital en la biografía íntima del autor, enemistado con su propio hermano, el también escritor Heinrich, al que comenzó recriminando su pulsión anti-militarista, fi-

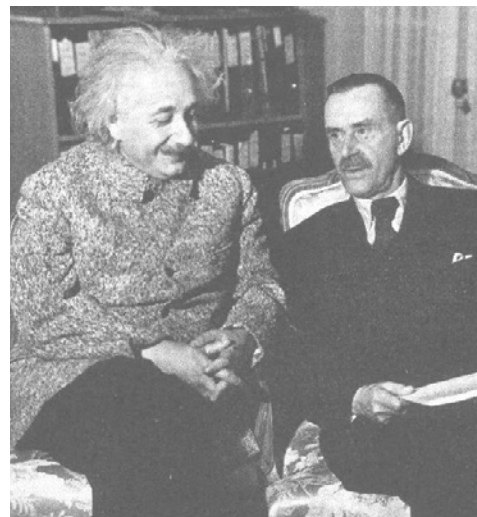


Imagen de 1938 de Thomas Mann con Albert Einstein, en Princeton.

lo-aliada y sus inclinaciones socialistas durante la Primera Gran Guerra y con el que terminó reconciliándose en una común oposición a Hitler y en la defensa cerrada de la democracia y de los valores liberales décadas más tarde. ¿Qué ocurrió, pues, para que se produjera un cambio tan extremo en el pensamiento de Thomas Mann?. En sus propias palabras, nada más, y nada menos, que una transformación nacida de la introspección, pues "nadie sigue siendo el mismo desde el momento en que se conoce." Y el Mann que se re-conoció al escribir las *Consideraciones* pertenecía al mismo tipo de intelectual alemán burgués que eludió, porque no creía en él, entrar en el debate democrático de las ideas; que consideraba la libertad como una mera frase retórica impuesta por la denostada

civilización occidental ante la que se elevaba el nuevo Reich y que, a fuerza de despreciar el ejercicio de la política cotidiana, cayó presa de quienes terminaron sustituyéndola por el ejercicio del poder absoluto. Todas estas actitudes, que llevaron a la quiebra del II Reich y coadyuvaron al advenimiento del Tercero, y en las que incurrió el propio Thomas Mann, no fueron consecuencia de un carácter nacional pre-determinado, o de fuerzas sobrehumanas, sino de opciones morales individuales, de pequeñas renuncias que terminaron minando y finalmente condujeron al colapso de ese magnífico edificio que ha sido, que todavía es, la civilización occidental. Un colapso que no se produjo por el envite de los bárbaros desde fuera de sus muros, o por quintacolumnistas infiltrados en su interior, sino por la pasividad, por la cobardía o por la ciega hostilidad de aquellos a quienes esa misma prodigiosa arquitectura había dado cobijo. No hubo en todo ello, como no lo hay ante los retos que ahora amenazan ese mismo espacio de civilidad, destino, sino elección. La misma capacidad para elegir de la que disponemos cada uno de nosotros mientras seamos ciudadanos en sociedades libres y abiertas. Esta es la lección que hoy podemos extraer de estas dos lecturas de Thomas Mann. El lector, soberano, puede también elegir con cuál prefiera identificarse.

⁴ Spengler, Oswald, *Los años decisivos*. Ediciones Áltera, Madrid, 2011.

⁵ Mann, Thomas, *Textos críticos*. Editorial Navona, Barcelona, 2016.